

Oyóla la joven: se cambiaron las rosas de sus mejillas en blancas azucenas; temblaron sus labios con el primer latido de la fiebre; y una lágrima, rebelde á la voluntad, saltó abrasadora por el cristal de sus ojos, quemando silenciosa el rostro de la acongojada doncella; después, allá en lo profundo de su corazón, al amor rendido, y por el amor alentado, surgió como destello vivísimo de voraz incendio, un deseo impetuoso de ternura, una ola de apasionada confianza que, invadiendo su alma con los effluvios generosos de un amor infinito, hizo brotar á sus labios la palabra «¡Imposible!» dejando á su imaginación adormida en los cariñosos brazos de la esperanza.

«Esta noche, como todas las de la luna nueva, vendrá mi amado á la roca de la playa; y allí, con las caricias de sus ojos, con el vibrar de su enamorado acento, desmentirá esa noticia absurda de su boda, que sólo pude oír para convenirme de que era falsa.»

Llegó la media noche, sin luna, revestida de pardos nubarrones que velaban el incierto rielar de los astros, y cubrían el mar de medrosas sombras; la roca de la playa es un peñón enorme, rodeado del talud donde se asentaba el castillo; por uno de sus lados, socavada, forma una especie de gruta revestida de aristas, desde donde se contempla, sin límite cierto, la inmensidad del Océano; separada de la costa esta roca, rodeada de fina arena, es cubierta por las altas mareas de la luna nueva, que como es sabido, ascienden más que ninguna otra.

Bajó Irene á aquel sitio á la hora convenida con su amante, el cual acudía á las citas en una barca que varaba en la solitaria playa, y que les servía de seña para terminar sus entrevistas, pues cuando la barca flotaba á impulso de las olas, era que la marea comenzaba á subir y que la roca se hacía peligroso sitio.

La una acababa de oírse en el reloj de la ciudad, y la Castellana, sentada en una arista del escollo, envuelta en un blanco velo que el aire del mar plegaba en torno de su frente, interrogaba con ávida mirada las movibles ondas, que en revueltos torbellinos de espuma venían á morir, con rumores impetuosos, en las blancas arenas de la playa.

El mar estaba levantado; la brisa del Norte, fría y penetrante, trayendo agujas de hielo en sus corrientes, azotaba con violencia los labios de Irene, que con nervioso impulso se abrían jadeantes ante el hálito abrasador de los deseos y de las esperanzas, de la incertidumbre y de la pasión; sus ojos, fijos y abiertos, en vano interrogaban al mar con la impaciencia del amor; y sus manos, unidas y mojadas por el polvo de las espumas y los besos del cierzo, en vano estrujaban los pliegues de su blanco ropaje; la barca esperada no brotaba de entre las sombras, la voz querida no vibraba para desmentir el raiu de aquella hora, los amados ojos no aparecían para disipar con su luz aquel abismo de dudas, donde la amargura del desengaño vertía á raudales los acres perfumes de la muerte.

Pasaron horas; la noche, de encapotada, se volvió tormentosa, y el grueso oleaje del mar subía, con el impetu de la marea, á romper sus montes de agua sobre las rocas de la costa; Irene, inmóvil, veía ascender hasta sus mismas plantas las revueltas olas, como se ven en el mundo las pasiones invadiendo con su tumultuoso oleaje la paz de un alma limpia de error: ella amaba y esperaba; el mar subía, insensible á su amor y á su esperanza, pronto á cubrir de alborotada espuma aquella roca inmóvil asentada sobre un lecho de movediza arena.

El mar subía; el grito del buho mezclábase al mugido del Océano; pardas nubes vestían de sombras los cielos y la tierra, é Irene, fija en su esperanza, confiada en su amor, seguía inmóvil buscando entre la incierta luz de los relámpagos la venturosa barca, sin hacer caso de aquellas olas de verdosos matices, que presto la harían sentir el frío de la muerte: de pronto, como ráfaga de fuego, surgió de entre las nieblas un hermoso bajel que á su bordo llevaba festones de antorchas, rumores de cánticos y de músicas, ecos de fiesta y de alegría.

Irene vió, entre las siluetas que poblaban la nave, la figura del hombre á quien amaba, cuyos brazos, como argollas de flores, ceñían la esbelta cintura de una mujer hermosa; el cierzo llevó á sus oídos cantares de himeneo, brindis de desposorio; y sus ojos, fijos y abiertos con la rigidez del dolor, vieron perderse en los horizontes del mar aquel barco que, como aparición del infierno, brotó un instante de entre las sombras de la noche para morir en las sombras de la amargura su pobre corazón!

El mar, indiferente, subió á mojar el manto de Irene; y mientras sus ojos, siempre abiertos, seguían el rumbo de la funesta nave, una ola inmensa, saltando sobre el escollo, lo envolvió en cascadas de espuma menos blanca que el velo de aquella infeliz, que al inclinarse en los senos del mar, dejó escapar, como único reproche, un suspiro tristísimo, eco profundo de su dolor sin nombre, último adiós á una vida que para siempre abandonaba.

Desde entonces dicen que, cuando las mareas de la luna nueva invaden la solitaria roca, se oye brotar, del fondo de su cimiento socavado, un quejido ó lamento que el viento repite, y que es fácil escuchar en el silencio de la media

noche: probablemente el mar, al penetrar en aquel arrecife, será el que imite el eco de un suspiro; pero lo cierto es que la leyenda ó tradición subsiste, á pesar de los siglos, y aquel poema de amor y tristeza se trasmite de generación en generación, gracias al lamento que se escapa de la abrupta peña, conocida generalmente por la Roca del Suspiro.

ROSARIO DE ACUÑA DE LAIGLESIA.

## SANTA TERESA.

Tan sólo amor su corazón ansía,  
Y de su amado viéndose alejada,  
En la tierra se siente desterrada  
Y el mal de ausencia sin piedad la hería.

Crece su dulce amor día por día,  
Fija en su Dios amante la mirada,  
Y al no poder amar como era amada,  
Morir se siente porque no moría.

Ave sin alas, levantar el vuelo  
No le es dade; tormento sobrehumano!  
Y se arrodilla para hallar consuelo,

Y al fin exclama con tormento insano:  
—¿Quieres que te ame más, Señor del cielo?  
No llega á tanto el corazón humano.

Leon, Marzo de 1885.

RAMÓN VALLE.

## CAMBIO DE NOMBRE.

A MI PRIMOGÉNITA.

Si amas tanto á la Virgen, hija mía,  
En tu edad sin doblez y sin engaños,  
Toma su nombre y llámate «María,»  
Lo cual aplaudirán propios y extraños.

Cuando te llamo «Concha,» tus sonrojos  
Hacen que me confunda y que me asombre,  
Pues muy claro me dices con los ojos:  
«Yo no vivo contenta con mi nombre.»

Tus razones tendrás y las respeto,  
Porque yo de tu vida en el camino  
No indago lo que piensas, lo interpreto;  
No pregunto qué quieres, lo adivino.

Estudio en tu inquietud cada deseo,  
Conozco tus tristezas ignoradas,  
Y cuanto guardas en el alma leo  
Lo mismo que en un libro en tus miradas.

No existe para mí dicha ninguna  
Mayor que aquella que alumbró mi vida  
En la primera vez que de tu cuna  
Te alcé en mis brazos, te besé dormida,

Y de mi santo amor en los excesos  
Viendo en ti de mis dichas el tesoro,  
Te desperté al rumor de tantos besos  
Y con el alma te grité: ¡te adoro!

Cuántas hermosas noches á tu lado  
Mirándote dormir, pasé las horas,  
Y cuántas veces ¡ay! me han encontrado  
De pie junto á tu lecho las auroras!

Los premios á este amor no son escasos;  
Dos ha tenido mi pasión suprema:  
Una epopeya en tus primeros pasos,  
Y en tus primeras frases un poema.

¿Cuál es tu porvenir? Si Dios me diera  
Poder para mirar futuro día,  
Y tenebroso tu horizonte viera,  
Llorando á Dios tu muerte pediría.